

# Como los hombres vienen a Cristo

*“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere:  
y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44).*

¿Cómo entonces el Padre trae a los hombres? Los predicadores arminianos generalmente dicen que Dios trae a los hombres por la predicación del evangelio. Muy verdadero; la predicación del evangelio es el instrumento para atraer a los hombres, pero debe haber algo más que eso. Permítame preguntarle ¿a quién dirigió Cristo estas palabras? Por supuesto, a la gente de Capernaum, donde Él frecuentemente predicó, donde Él pronunció triste y abundantemente las ayes de la ley y las invitaciones del evangelio. En esa ciudad Él ha hecho muchas obras poderosas y ha hecho muchos milagros. En verdad, tal enseñanza y tal atestación milagrosa Él les ha dado, que Él declaró que Tiro y Sidón hace tiempo se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza, si ellos hubieran sido bendecidos con tales privilegios.

Ahora, si la predicación de Cristo mismo no ayudó para capacitar a estos hombres de venir a Él, no puede ser posible que todo lo que era necesario para atraer al Padre era simplemente la predicación. No, hermanos, necesitan notar otra vez, que Él no dice que ningún hombre puede venir a menos que el ministro lo atraiga, pero a menos que el Padre lo atraiga. Ahora bien hay tal cosa como ser atraído por el evangelio, y atraído por el ministro, sin ser atraído por Dios. Claramente, es una atracción divina que está en mente, un atraimiento por el Dios Altísimo, la Primer Persona de la más gloriosa Trinidad enviando a la Tercera Persona el Espíritu Santo, para persuadir a los hombres a venir a Cristo.

Otra persona se da vuelta y dice con escarnio, “Entonces ¿piensa usted que Cristo atrae a los hombres a si mismo, viendo que ellos no quieren?” Me recuerdo encontrarme con un hombre quien me dijo, “Señor, usted predica que Cristo levanta la gente de los cabellos de sus cabezas y los arrastra a si mismo.” Le pedí que si él me podría dar la fecha del sermón en el cual prediqué tal doctrina extraordinaria, porque si él podía, yo lo hubiera apreciado muchísimo. Sin embargo, él no lo pudo. Pero le dije, aunque Cristo no arrastra a la gente a si mismo por los cabellos de sus cabezas, creo que Él los atrae por el corazón tan poderosamente como su comparación sugiere.

Note que en el atraimiento del Padre no hay compulsión alguna: Cristo nunca obligó algún hombre a venir a Él contra su voluntad. Si un hombre no quiere ser salvo, Cristo no lo salva contra su voluntad. ¿Cómo, entonces, el Espíritu Santo lo trae a Él? Por supuesto, haciendo a él que él quiera. Es verdad que Él no usa la persuasión moral; Él conoce un método cercano de alcanzar el corazón. Él va a la fuente secreta del corazón, y Él sabe como, por alguna operación misteriosa, volcar la voluntad a una dirección opuesta, para que así, como Ralph Erskine paradójicamente se expresa, el hombre es salvado “con el consentimiento completo contra su voluntad”; esto es, contra su voluntad vieja él es salvado. Pero él es salvado con el consentimiento completo, porque él fue hecho para querer en el día del poder de Dios. No trate de imaginarse que cualquier hombre irá al cielo pateando y batallando todo el camino contra la mano que lo trae a Él. No conciba que cualquier hombre será zambullido en el lavacro de la sangre del Salvador mientras él se esfuerza correr del Salvador. Oh, no. Es posible que a primera vista el hombre no quiera ser salvo. Cuando el Espíritu Santo pone Su influencia sobre el corazón, la prueba es completa: “Atráeme; en pos de ti correremos” (Cantares 1:4). Nosotros seguimos mientras Él nos atrae, contentos para obedecer la voz que una vez nosotros hemos despreciado.

El meyo del asunto radica en el cambio de la voluntad. Cómo eso es hecho ninguna carne lo sabe; es uno de esos misterios que es claramente percibido como un hecho, pero la causa de la cual ninguna lengua puede explicar, y ningún corazón puede adivinarlo. La manera aparente, sin embargo, en la cual el Espíritu Santo opera, nosotros podemos decírselo. La primer cosa que el Espíritu Santo hace cuando viene al corazón del hombre es esto: Él lo encuentra con una buena opinión de si mismo. “Por supuesto,” dice el hombre, “Yo no quiero venir a Cristo. Tengo tan buenas justicias como cualquiera pudiera desear. Siento que puedo entrar al cielo con mis propios derechos.” El Espíritu Santo pone por descubierto su corazón, le hace ver el aborrecible cáncer que está carcomiendo su vida, le revela toda la negrura y contaminación de aquella alcantarilla del infierno, el corazón humano, y entonces el hombre se queda espantado. “Nunca pensé que era semejante a esto. ¡Oh! Esos pecados pensé que eran pequeños, se han hinchado para ser una estatua inmensa. Lo que pensé que eran montoncillos de los topes han crecido en una montaña; ello era pero el hisopo sobre el muro antes, pero ahora llegó a ser un cedro del Líbano. Oh,” dijo el hombre dentro si mismo, “Trataré y reformaré; haré buenas obras suficientes para limpiar estas obras negras.” Entonces viene el Espíritu Santo y le muestra que él no puede hacer esto, le remueve todo su poder y fuerza imaginarios, para que el hombre se postre sobre sus rodillas en agonía, y clame, “Oh, una vez pensé que podría salvarme a mi mismo con mis buenas obras, pero ahora descubro que,

*Si podrían mis lágrimas fluir eternamente,  
Si podría mi celo no conocer tregua,  
Todo no podría expiar por el pecado,  
Tú debes salvarme y Tú solamente.”*

Luego el corazón se hunde, y el hombre está listo a desesperarse. Y él dice, “Nunca puedo salvarme. Nada me puede salvar.” Entonces viene el Espíritu Santo y muestra al pecador la cruz de Cristo, le da ojos ungidos con unguento celestial, y le dice, “Mira esa cruz, ese Hombre que murió para salvar a los pecadores. Tú sientes que eres un pecador. Él murió para salvarte a tí.” Él habilita al corazón para creer, y para venir a Cristo. Y cuando él viene a Cristo, por el atraimiento dulce del Espíritu, él encuentra “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:7). Ahora, usted podrá percibir que todo esto puede ser hecho sin ninguna compulsión. El hombre es tanto atraído voluntariamente, como si fuera no atraído de ninguna manera; y él viene a Cristo con todo su consentimiento, como con un consentimiento completo como si ninguna influencia secreta haya alguna vez sido ejercida sobre su corazón. Pero esa influencia necesita ser ejercida, o de otro modo nunca ha habido y nunca habrá, algún hombre quien, sea que pueda o querrá venir al Señor Jesucristo.

